

No hace falta ser un gran entendido para comprender la dificultad y el grave riesgo que entrañaba esta forma de matar. Por eso, fue siendo sustituida por otras, menos peligrosas. Lo resume así José María de Cossío: «Hacia 1875, es decir, cuando la suerte va cayendo en desuso, en la prensa profesional irrumpió la discusión sobre las condiciones en que había de verificarse para poder ostentar con ortodoxia irreprochable el nombre de suerte de recibir»¹³. Esta es, justamente, la época en la que se va a producir la gesta recordada por Antonio Machado.

b) *Lagartijo, Frascuelo y Cara-Ancha*

El ridículo *Chancleta* que imaginó Antonio Machado presumía de tener la capa de *Lagartijo* y el estoque de *Frascuelo*. A la época de estos dos colosos pertenece el *Cara-Ancha* recordado en el poema. Para entenderlo adecuadamente, será imprescindible recordar algunos datos biográficos de los tres toreros.

José Sánchez del Campo, *Cara-Ancha*, había nacido en Algeciras, en 1848. Tomó la alternativa en 1874, a los 26 años. Se retiró en 1894, a los 46. Murió en 1925, a los 77. Por lo tanto, todavía estaba vivo cuando recordaba su hazaña el personaje machadiano.

Su apodo responde a una peculiaridad, evidente en las fotografías que de él se conservan y en los grabados de Daniel Perea. Por lo tanto, debe escribirse en dos palabras, separadas por un guión, y no en una sola, como leemos en las ediciones de Antonio Machado, incluida hasta la reciente edición crítica de Oreste Macrí¹⁴.

A *Cara Ancha* le tocó una época muy dura del toreo, la de la competencia de dos «monstruos», *Lagartijo* y *Frascuelo*¹⁵. En su rivalidad, llegaron los dos a extremos de temeridad como el que nos relata Peña y Goñi: *Frascuelo*, en un quite, quedó de rodillas, y *Lagartijo* lo hizo en otro, quedando de espaldas, con la rodilla en tierra y muy en corto. Declarada la guerra entre ambos matadores, los dos se tendieron en el suelo, a poca distancia del cornúpeta, y el señor presidente les amonestó para que se ajustaran a la lidia tal como lo recomienda el arte.

Al comienzo de su carrera, *Lagartijo* realizaba la suerte suprema con tanta valentía, que hizo decir al *Tato*: «Parece que mete el estoque en manteca de Flandes ese chiquillo, según lo que lo hunde». Con el paso de los años, la lógica prudencia se fue imponiendo. Así retrata irónicamente sus precauciones la revista sevillana *El Loro*, en 1885:

Rafael ha descubierto
una manera de herir
que no la comprende nadie
ni es fácil de definir.

Cuando el toro está cuadrado,
no se pone de perfil,
no se tira por derecho,
y, sin embargo, está el *chic*
en que deja la estocada
en lo alto y hasta allí.

¹³ José María de Cossío: Los toros. Tratado técnico e histórico, tomo III, Madrid, ed. Espasa-Calpe, 1952, p. 985. Tomo los testimonios que aporta en su sección «Suerte de recibir».

¹⁴ Antonio Machado: I: Poesías Completas, edición crítica de Oreste Macrí, con la colaboración de Gaetano Chiappini, ed. Espasa-Calpe y Fundación Antonio Machado, 1989.

¹⁵ Salvo indicación en contra, tomo los testimonios sobre los toreros de los tomos de Cossío y de Daniel Tapia: Breve historia del toreo, México, ed. México, 1947.

¡Olé por los matadores
que están libres sin lucir!
¡Guárdeme usted la receta
que la quiero para mí!

Con estos antecedentes, no es de extrañar que *Lagartijo* no practicara la suerte de recibir. *Cara-Ancha* intentó ser el rival de *Lagartijo*: «Este sentía una inexplicable antipatía por el torero de Algeciras, y una tarde en que toreaban *Cara-Ancha* y José Lara (*Chicorro*), dijo al último el genial cordobés, en voz lo suficientemente alta para que pudiera oírla el algecireño: *Anda y trabaja descuidao, que ése no trae ná*».

En cuanto a *Frascuero*, representa en la historia de la tauromaquia, según Cossío, «el valor ostentoso y desgarrado... un amor propio realmente heroico. Una vez, estaba tratando de descabellar al quinto toro cuando el sexto rompió la puerta del toril y apareció en el ruedo. Sin inmutarse, *Frascuero* lo citó, le esperó, le administró una metisaca que le hizo rodar instantáneamente y, con toda tranquilidad, volvió a descabellar al otro toro».

Su arrojo se manifestaba de modo especial, por supuesto, a la hora de matar. Según un crítico de la época, «al formar la puntería para dar la estocada, ponía un gesto tan duro, arrugando el entrecejo, que bien se conocía su decisión de matar o morir con honra».

Sin embargo, el valor no le bastó para dominar la suerte de recibir. Paradójicamente, el colocarse demasiado cerca del toro le impedía realizarla conforme a los cánones.

Así lo evoca F. Bleu:

Cuanto se insista acerca de distancias inverosímiles, por lo cortas, y de liar desde la misma cara, resulta pálido ante aquella realidad. En el momento de disponerse a entrar a matar, o de desafiar para recibir, la punta del estoque de Salvador estaba entre los dos pitones y a muy pocos centímetros del testuz. Esta circunstancia, que facilitaba las estocadas de *irse al toro*, entorpecía en cierto modo la realización de la suerte de recibir. Por mucho que recogiese la muleta en el extremo del palo, y por admirablemente que humillase a los toros con aquel formidable *cruce de salida*, soberano argumento contra los que le negaban mano izquierda, el viaje y la salida del toro eran muy violentos, y a veces no podía resistir quieto en el encontronazo¹⁶.

En su competencia con dos grandes figuras, que le aventajaban en tantas cosas, ¿qué baza le quedaba al pobre *Cara-Ancha*? Evidentemente, la suerte de matar, la más apreciada entonces; en concreto, practicar la suerte de recibir, que *Lagartijo* no realizaba, y *Frascuero*, sólo de modo deficiente. Durante mucho tiempo, *Cara-Ancha*. Encontró graves dificultades para ejecutar correctamente esta suerte. Los sucesivos intentos culminaron, por fin, una tarde madrileña, el 19 de junio de 1881, ante el toro *Calceto*, de la ganadería de Aleas: ésa fue la cumbre más gloriosa de toda su vida taurina. Así lo cuenta el propio diestro, en carta a un amigo, que reproduce José María de Cossío:

Yo había conseguido todos mis deseos. Fui banderillero, fui matador, tuve cartel; toreando con aquella gente, con *aquéllos*, ya me entiende usted, me había hecho un

¹⁶ F. Bleu: Antes y después del Guerra. (Medio siglo de toreo), prólogo de Ignacio Aguirre Borrel, Madrid, ed. Espasa-Calpe, col. *Selecciones Austral*, 1983, p. 109.

puesto... pero yo quería más, algo que sobresaliera, que no hicieran ellos; algo que me diese personalidad, que fuese mío. Rafael no recibía. Salvador lo hacía muy imperfectamente, aunque con un valor asombroso, como el derrochado en todo cuanto realizaba (...)

Estudí la suerte, la ensayé de salón... ¡Si usted me hubiese visto en los cuartos de las fondas, ante los espejos de los armarios de luna! ¡Era cosa graciosa! Parecía un loco. La había ensayado antes en las plazas, pero no a mi gusto. Yo sentía la suerte que llaman *suprema*, la quería ejecutar, no sabía hacerla. En Madrid, en ese Madrid que yo he querido tanto, cada vez que iba a la plaza en esa temporada de 1881 iba resuelto a recibir un toro. Tanteé muchos que estaban suaves, que acudían bien, pero... en el momento de cuadrárseme, irresistiblemente me arrancaba al volapié... Y luego salía de mal humor de la plaza, por mucho que me hubiesen aplaudido... Mi ilusión no se realizaba.

Y, un día, me salió un toro de Aleas, grande y bravo, que me tomó bien la muleta, y sentí un escalofrío, comprendí que *la suerte* estaba allí: le metí el pie y le pinché en hueso. El encontronazo fue tremendo, pero le vacié bien y no perdí terreno. Me enardecieron las palmas, siguió el toro tomando bien la muleta y, al cuadrárseme de nuevo, le metí el pie otra vez, fijo nada más que en la mano izquierda; cuando vi la cabeza en la muleta, doblé la mano, pasó el toro y sentí la mano derecha en el morrillo y el aplauso del público. No me moví del sitio, giré sobre los talones y vi que el toro llevaba el estoque en la cruz y hasta las cintas. Cuando el toro aquél caía, un momento después, pareció que me descargaban de un peso. Y era que, lo que yo había soñado, gracias a Dios, pude hacerlo. Al tomar el coche para volver a casa, terminada la corrida, no iba de mal humor, como las otras tardes, sino muy contento. Lo que pasó después, aquel año, ya lo sabe usted. Practiqué la suerte siempre que pude: unas veces bien, otras mal, otras cogido y herido, pero ya con fe, con entusiasmo y sin vacilaciones.

IV. Conclusión

La conclusión de todo esto es muy clara: la hazaña de *Cara-Ancha* tuvo amplia repercusión en toda España, y su recuerdo llegó a ser proverbial, entre los taurinos. No es nada raro que un aficionado recordara ese día, años después, ni que hablara de él, una y otra vez, en las largas veladas de un casino de provincias. Hacerlo así no tiene, en principio, mayor trascendencia. Tampoco tiene nada de malo, salvo la pérdida de tiempo, pero eso es lo que más abunda en las tertulias.

No era ajeno Antonio Machado al mundo taurino, como tantas veces se ha creído. El hecho de recordar la hazaña de *Cara-Ancha* lo demuestra, una vez más. Como en tantas cosas, Antonio y Manuel estuvieron, siempre, profundamente unidos, hasta la muerte.

El talento satírico de Antonio Machado se manifiesta al utilizar ese dato como *el primer rasgo de la personalidad de alguien*, dando a entender que eso es *lo único importante que ha hecho, en su vida*: participar, como espectador, en la tarde afortunada de un torero... ¿Cabe mayor acierto, para definir una existencia enteramente vacía?

Los críticos de Antonio Machado, incluso los mejores, no habían podido entender plenamente esta alusión: no son aficionados a los toros... Uniendo el fervor por Machado y por los toros, hemos podido comprender mejor a qué se refería el poeta:

algo perfectamente encajado en su momento histórico y que él, asiduo a las tertulias taurinas, habría oído comentar, sin duda, más de una vez.

A la vez, los aficionados a los toros han tenido que soportar el sambenito habitual de que Antonio Machado era contrario a la fiesta. Un conocimiento un poco más especializado de la biografía del poeta y de sus primeras colaboraciones periodísticas nos ha permitido comprobar que eso no es cierto.

Quizá pueda ahora añadir una opinión personal y discutible: incluso en el poema que he comentado detenidamente, no existe, en contra de lo que parece, ninguna animosidad especial contra la fiesta de los toros. Lo que se ridiculiza, con un ejemplo taurino muy bien escogido, es la estrechez mental de un personaje, que reduce a un recuerdo taurino todas sus perspectivas vitales. No es, ni mucho menos, lo mismo.

Años después, por boca de su *alter-ego*, dirá Antonio Machado una de las frases más sagaces que se han escrito sobre la tauromaquia. Frente a los que la banalizan, reduciéndola a puro espectáculo, que realizan unos profesionales, movidos solamente por el dinero, el sabio y paradójico Mairena apunta mucho más alto y da de lleno en la diana:

Las corridas son esencialmente un sacrificio. Con el toro no se juega, puesto que se le mata, sin utilidad aparente, como si dijéramos de un modo religioso, en holocausto a un dios desconocido¹⁷.

Son palabras que anticipan estudios importantes y que deberían conocer, por lo menos, muchos detractores superficiales. No cabía esperar otra cosa del hijo de D. Antonio Machado y Alvarez, «Demófilo», el gran estudioso y enamorado de la poesía popular; del hermano de Manuel, brillantísimo cantor de la belleza plástica de la fiesta; de un poeta, en fin, de enorme sensibilidad, que se asomó por primera vez al mundo literario describiendo, con irónica ternura, *la afición taurina*. Una vez más, hemos podido comprobar cómo han ido unidos, indisolublemente, toros y cultura.

¹⁷ Véase: Rosario Cambria: Los toros: tema polémico en el ensayo español del siglo XX, Madrid, ed. Gredos, col. Biblioteca Románica Hispánica, 1974.

Andrés Amorós